

vida cristiana (2005), *Por Cristo, con Él y en Él. Escritos sobre San Josemaría* (2007), y *Vivir la Santa Misa* (2010).

Como escribió Tomás Gutiérrez en 1994, “en el trato personal, se descubre pronto que la sonrisa de su rostro envuelve suavemente la entereza de la voluntad, la recia determinación de un querer decidido, que avanza en pasos firmes, concretos, bien ponderados por el afecto y la cordialidad de quien reconoce abiertamente que el Beato Josemaría Escrivá le enseñó a querer, a interesarse plenamente por los problemas de los demás, a evitar que nunca nadie pueda sentir el amargo sabor de la soledad o la indiferencia”.

Bibliografía: JAVIER ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000.

Salvador BERNAL

ECONOMÍA

1. Valor de la actividad económica. 2. La economía, esfera de libertad y responsabilidad. 3. Una economía para el hombre.

En varias ocasiones, san Josemaría aseguró que nunca hablaría de política. Por el mismo motivo, no expresó opiniones económicas, que situaba en el amplísimo campo de las actividades humanas –la economía, la política, la cultura, el arte, la filosofía, etc.– en las que los fieles del Opus Dei gozan de plena libertad y trabajan bajo su propia responsabilidad (cfr. CONV, 28). La razón es simple: “Sé que no me corresponde tratar de temas seculares y transitorios, que pertenecen a la esfera temporal y civil, materias que el Señor ha dejado a la libre y serena controversia de los hombres” (ECP, 184).

No obstante, en sus escritos pueden rastrearse claras afirmaciones sobre *lo económico*. Como explica Illanes, “los itinerarios seguidos por la ciencia económi-

ca y por la teología coinciden en un punto: el reconocimiento de la existencia de un terreno en el que la economía, ética y teología confluyen y se complementan. La ciencia económica, en cuanto versa sobre el despliegue de una realidad y actividad económica, no puede constituirse ni desarrollarse sin implicar una referencia a lo que es el hombre. Y a la inversa: quien, filósofo o teólogo, aspire a pronunciar una palabra consistente sobre el actuar económico ha de conocer el entramado de esa concreta faceta de la realidad” (ILLANES, 2000, p. 115).

En esos puntos en los que economía (una ciencia que se despliega en el terreno de los medios, pero que es del hombre y para el hombre) y teología confluyen, se pueden reconocer opiniones interesantes. Nos centraremos en tres de ellas: la importancia de la actividad económica, la esfera de libertad y responsabilidad, y la finalidad última.

1. Valor de la actividad económica

Desde su nacimiento hasta su muerte, el hombre está inexorablemente sujeto a la necesidad: precisa alimento, cobijo, sustento y ayuda de sus semejantes. Además, es un ser con deseos potencialmente ilimitados. Con esas premisas, se comprende que los medios estén siempre en situación de escasez en relación con los usos que de ellos pueda hacer la sociedad, y que se precise economizar. En orden a resolver los problemas concretos que los miembros de una sociedad encuentran en cada momento para vivir una vida humana digna y en común (cfr. MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA, 2005), se precisa realizar una *asignación eficiente*. Ése es el marco en el que la economía se desarrolla.

Pese a lo dicho, es importante señalar que la eficiencia es condición, no meta. No tiene sentido *per se*: “La vida económica no tiende solamente a multiplicar los bienes producidos y a aumentar el lucro y el poder; está ordenada ante todo al servicio de las personas, del hombre entero

y de toda la comunidad humana” (CCE, n. 2426). Si la economía está ordenada a la persona, se infiere que el juicio sobre el mercado, la empresa o el sistema de precios no es sólo técnico –eficiente o ineficiente–, es también moral. Si la economía se ordena a la comunidad y al bien común, se concluye que la esfera de las relaciones económicas presenta facetas culturales y sociales. Ambas cosas se perciben plásticamente en la contundente afirmación de Juan Pablo II: “la opción de invertir en un lugar y no en otro, en un sector productivo en vez de otro, es siempre una *opción moral y cultural*” (CA, 36).

Por tanto, conviene remarcar varias cosas. Primero: la economía no busca tanto satisfacer crecientemente las necesidades materiales del hombre, cuanto mejorar sus condiciones para desarrollarse como hombre, en su sentido pleno. Si produjera abundancia material y empobrecimiento personal, sería una catástrofe y una mala economía; si organizara la producción *usando* al hombre como medio sería una lamentable economía de la pobreza. Segundo: si bien la economía se centra en la asignación eficiente de bienes para agentes económicos individuales, presupone necesariamente una comunidad. En tanto que acción humana, “a diferencia de la fabricación (que requiere sólo la presencia de la naturaleza material), nunca es posible en aislamiento” (ARENDRT, 1983, p. 211), de modo que guarda estrecha relación con la justicia o la solidaridad. Una economía, donde un pequeño porcentaje de población acumula la mayoría de la renta, mientras que el resto padece necesidad es una economía con poco futuro, ineficiente por inhumana. Tercero: la economía no se construye sobre el vacío, cuanto sobre un concreto marco institucional y legal, que varía con el tiempo, la sociedad y las circunstancias. Una sociedad primitiva de autoabastecimiento presenta problemas y soluciones económicas diferentes a una sociedad industrial y de servicios globalizada. Lo mismo puede decirse del merca-

do, institución común en la historia, que ha sufrido enormes mutaciones. Lo indicado no debe entenderse como que la economía sea fruto de una actuación política, cuanto que deriva de la iniciativa personal y responsable de los miembros de una sociedad, regida, sin duda, por normas institucionales. La economía resulta así fruto de un ámbito propio de la libertad humana y personal que se despliega de múltiples formas a lo largo de la historia, del lugar geográfico y de los rasgos culturales, con responsabilidad y creatividad, y siempre al servicio del hombre.

Durante siglos, por influjo aristotélico, las actividades económicas tuvieron escasa consideración entre los teólogos, que las consideraban *torpes*. Aristóteles reconoce que hasta la vida buena requiere bienes externos, pero entiende que estas actividades son *poiéticas*, tienen el fin fuera de sí: cesan con la obtención del producto, algo que es exterior al hombre y que deja en él poca o ninguna huella. Otras controversias –alrededor de la usura, especialmente– provocaron ríos de tinta, de los que la economía no salió bien parada: tanto ésta como su materia medular, el trabajo, más parecían restricciones al obrar que actividades importantes para la sociedad y el hombre. Trascender esa mentalidad –concluir que el desarrollo humano y el proceso creador son tanto o más importantes que el producto fabricado– ha sido un logro moderno, en el que la doctrina católica ha tenido un gran papel, sobre todo, en la visión del trabajo, punto decisivo de la doctrina del fundador del Opus Dei.

En los escritos de san Josemaría puede encontrarse un posicionamiento claro respecto a los puntos citados. En primer lugar, nunca tuvo una visión negativa de las actividades comerciales y mucho menos del trabajo empleado en ellas. Las apreció con manifestaciones claras y tajantes, con gran anticipación para su tiempo: “Te está ayudando mucho –me dices– este pensamiento: desde los prime-

ros cristianos, ¿cuántos comerciantes se habrán hecho santos?” (S, 490). Además, insistió en la importancia de desempeñar bien esas actividades porque el progreso social compete a todo hombre de bien y, por tanto, a todo cristiano: “Pensad que con vuestro quehacer profesional realizado con responsabilidad, además de sosteneros económicamente, prestáis un servicio directísimo al desarrollo de la sociedad, aliviáis también las cargas de los demás y mantenéis tantas obras asistenciales –a nivel local y universal– en pro de los individuos y de los pueblos menos favorecidos” (AD, 120). Dirigiéndose a los Amigos de la Universidad de Navarra afirma: “Al prestar vuestra cooperación, sois claro testimonio de una recta conciencia ciudadana, preocupada del bien común temporal” (CONV, 120).

En esa línea, insistía en la grandeza del potencial creador que Dios ha puesto en manos del hombre: “El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad” (ECP, 47). “No tenemos derecho a olvidar que somos un obrero, entre tantos, en esta hacienda, en la que Él nos ha colocado, para colaborar en la tarea de llevar el alimento a los demás. Este es nuestro sitio: dentro de estos límites; aquí hemos de gastarnos diariamente con Él, ayudándole en su labor redentora” (AD, 49).

2. La economía, esfera de libertad y responsabilidad

Como sacerdote, san Josemaría evitó, como ya dijimos, cualquier intento de inmiscuirse en las actividades económicas, que consideraba propias de la libertad y autonomía del hombre. Y, quizás como reacción a los fuertes sesgos históricos y

culturales que le tocó vivir, en sus escritos insiste reiteradamente en la libertad y autonomía del individuo. La idea de que la economía no es una cuestión eclesial ni religiosa tiñe sus escritos. En esa medida, ahuyentó siempre connotaciones confesionales: “Personalmente no me ha convencido nunca que las actividades corrientes de los hombres ostenten, como un letrado postizo, un calificativo confesional. Porque me parece, aunque respeto la opinión contraria, que se corre el peligro de usar en vano el nombre santo de nuestra fe, y además porque, en ocasiones, la etiqueta católica se ha utilizado hasta para justificar actitudes y operaciones que no son a veces honradamente humanas” (ECP, 184).

Por ese mismo motivo, insiste en que difundir doctrina económica no entra dentro de los fines del Opus Dei, pues sus fieles “son cristianos corrientes, trabajan dónde y cómo les parece oportuno: la Obra sólo se ocupa de ayudarles espiritualmente, para que actúen siempre con conciencia cristiana (...). Quienes al ver a los miembros del Opus Dei trabajando en los más diversos campos de la actividad humana, no piensan sino en supuestas influencias y controles, demuestran tener una pobre concepción de la vida cristiana. El Opus Dei no domina ni pretende dominar ninguna actividad temporal; quiere sólo difundir un mensaje evangélico: que Dios pide que todos los hombres, que viven en el mundo, le amen y le sirvan tomando ocasión precisamente de sus actividades terrenas” (CONV, 64). “La mayoría de los miembros de la Obra son personas de condición social ordinaria o incluso modesta: obreros manuales, oficinistas, campesinos, empleadas, maestros, etc. Hay también algunos –muchos menos– que desarrollan su profesión en el mundo de la política y de la economía. Tanto unos como otros actúan a título exclusivamente personal, obran con plena autonomía y responden personalmente de sus actuaciones” (CONV, 49).

3. Una economía para el hombre

El no convertir los medios en fines, o hacer de la necesidad una meta de la vida, es un aviso constante en la predicación de san Josemaría. Lo verdaderamente importante no es acumular bienes u honores, es ser feliz (cfr. C, 297). Para eso insiste en que hay que ajustar la vida ordinaria, también las actividades económicas, al ideal del Evangelio. En *Amigos de Dios*, 17, se lee: “Hemos trabajado tanto, hemos ocupado tales puestos de responsabilidad, has triunfado en ésta y en aquella tarea humana..., pero (...) ¿has intentado de verdad servir a Dios y a tus hermanos los hombres, o has fomentado tu egoísmo, tu gloria personal, tus ambiciones, tu éxito exclusivamente terreno y penosamente caduco?. Y en otra homilía se recoge: “Permitidme que insista (...): ningún hombre escapa a algún tipo de servidumbre. Unos se postran delante del dinero; otros adoran el poder; otros, la relativa tranquilidad del escepticismo; otros descubren en la sensualidad su becerro de oro. Y lo mismo ocurre con las cosas nobles” (AD, 34). La pregunta, entonces, es cuál debe ser el enfoque de un cristiano, a lo que responde: “Contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social” (S, 302).

En esa línea, alerta del peligro de confundir los proyectos temporales con fines últimos: “Si transformamos los proyectos temporales en metas absolutas, cancelando del horizonte la morada eterna y el fin para el que hemos sido creados –amar y alabar al Señor, y poseerle después en el Cielo–, los más brillantes intentos se tornan en traiciones, e incluso en vehículo para envilecer a las criaturas” (AD, 208). Así como de alejarse del espíritu evangélico y del ejercicio de las virtudes: “Los directores de empresa que forman parte del Opus Dei buscan (...) vivir el espíritu evangélico en el ejercicio de su profesión.

Esto exige de ellos en primer lugar que vivan escrupulosamente la justicia y la honestidad. Procurarán, por tanto, hacer su labor de una forma honrada: pagar un salario justo a sus empleados, respetar los derechos de los accionistas o propietarios y de la sociedad, y cumplir todas las leyes del país. Evitarán cualquier clase de partidismos o favoritismos con respecto a otras personas, sean o no miembros del Opus Dei” (CONV, 52). Finalmente, describe con sencillez, pero con contundencia, el ideal en el que piensa: “Cristianos verdaderos, hombres y mujeres íntegros capaces de afrontar con espíritu abierto las situaciones que la vida les depare, de servir a sus conciudadanos y de contribuir a la solución de los grandes problemas de la humanidad, de llevar el testimonio de Cristo donde se encuentren” (ECP, 28).

Es muy posible que a quien escribió “todo eso, que te preocupa de momento, importa más o menos. Lo que importa absolutamente es que seas feliz, que te salves” (C, 297), le hubiera alegrado leer la controversia sobre economía y felicidad publicada en *The Economic Journal* en 1997, donde se reflexiona sobre el estrangamiento de aquellos planteamientos económicos, según los cuales el agente económico toma sus decisiones sobre la base de un cálculo utilitarista e individualista regido por los precios y al margen de cualquier otra consideración. Y donde se concluye señalando como fuente de cortocircuitos una equivocada selección de la categoría clave de la ciencia económica, que no debería ser, como a veces se postula, la utilidad individualista, cortoplacista y medial, sino la felicidad personalista y finalista, abierta a la Verdad. De confundir ambos términos, la ciencia económica caería, en un reduccionismo antropológico difícil de admitir, porque, se mire como se mire, la acción económica es acción humana. Pero a nuestro juicio la economía se halla aún lejos de esa meta. Requiere una nueva vuelta de tuerca: avanzar en el estudio de los puntos donde economía, ética

y teología coinciden, lugar para el que san Josemaría abrió un amplio surco.

Voces relacionadas: Desprendimiento; Fraternidad; Justicia; Moral cristiana; Servicio, Espíritu de; Sociedad; Solidaridad; Promoción social y desarrollo.

Bibliografía: JUAN PABLO II, Cart. Enc. *Centesimus annus*, 1991; Hanna ARENDT, *La condición humana*, Madrid, Paidós, 1993; José Luis ILLANES, “Economía y discurso teológico: análisis de un encuentro”, en Luis RAVINA (ed.), *Economía y Religión*, Pamplona, EUNSA, 2000, pp. 97-118; Miguel Alfonso MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA, “Una antropología para el agente económico”, en Rafael RUBIO DE URQUÍA - Enrique UREÑA - Félix MUÑOZ (eds.), *Estudios de Teoría Económica y Antropología*, Madrid, Unión Editorial, 2005, pp. 513-533; Juan VELARDE FUERTES, *Consideraciones sobre la Ética en economía y su proyección en España. Un debate sobre las ideas económicas del Beato Escrivá de Balaguer*, Madrid, Fundación Studium, 2002.

Reyes CALDERÓN

ECUADOR

1. Inicio de la labor estable. 2. El viaje de catequesis en 1974. 3. Breve panorámica en el año 1975.

La labor apostólica del Opus Dei en Quito se inició entre 1952 y 1954, aunque estuvo precedida por el conocimiento en Roma de un ecuatoriano que realizaba sus estudios universitarios, Juan Ignacio Larrea Holguín, y que se incorporó a la Obra en 1949. A él le correspondió iniciar la labor apostólica en su propio país.

1. Inicio de la labor estable

El 6 de octubre de 1952 llegó Juan Larrea a Quito. En junio de ese mismo año, unos días antes de culminar sus estudios universitarios en Roma, el fundador del Opus Dei le había dicho “y tú Juan, irás a Ecuador”: sería él quien iniciara la labor

(cfr. LARREA, 2007, p. 117). Al día siguiente de llegar a Quito, visitó, por indicación del fundador, al cardenal Carlos María de la Torre, que manifestó su agrado por cuanto Juan Larrea le explicó acerca del Opus Dei, y le ofreció sus oraciones por el futuro establecimiento de la Obra en su archidiócesis (cfr. LARREA, 2007, pp. 118-119).

San Josemaría mantuvo una correspondencia personal, cariñosa y estimulante con Juan Larrea, a quien animaba a ser muy fiel y a hacer mucho apostolado en las circunstancias en que se encontraba. Con la ayuda de buenos amigos, Juan organizó charlas, conferencias, y círculos de estudio para jóvenes estudiantes o profesionales en casa de sus padres, en su despacho profesional o en las aulas de algún colegio. Otra actividad que sirvió para consolidar amistades fueron las numerosas excursiones a los montes nevados de los alrededores de Quito (cfr. LARREA, 2007, p. 121).

San Josemaría había animado a Juan a pedir a su madre que reuniera a sus amigas para que él pudiera explicarles el Opus Dei. Así lo hizo. Acudieron diez o doce señoras que “muy espontáneamente se ofrecieron a rezar todos los días por la Obra, preparar manteles y otros utensilios litúrgicos para un futuro oratorio y hacer una aportación mensual con igual finalidad”. De entre ellas y sus hijas surgieron más adelante las primeras mujeres ecuatorianas de la Obra (cfr. LARREA, 2007, p. 123).

Entretanto la labor apostólica iba tomando cuerpo y se conocía más el Opus Dei en diversos ambientes. San Josemaría estaba al corriente de todo y seguía animando a Juan Larrea con sus cartas (cfr. LARREA, 2007, pp. 123-124). El 30 de septiembre de 1954, le escribió una cariñosa carta en la que le anunció la próxima llegada de don Joaquín Madoz: “Querido Juanito que Jesús te me guarde. ¿Habrá llegado Quinito antes de que llegue esta carta? No sabes con qué alegría espero vuestras noticias. No te preocupes por las ordinarias dificultades que nos promueven: contento

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.